

cian sus victorias, y permite á la Judea gobernarse por sus propias leyes. Somete con facilidad el Egipto y funda la gran ciudad de Alejandría, que debía servir de lazo de unión entre el Mediterráneo y las comarcas lejanas del extremo Oriente.

Darío, repuesto de su primer derrota, acampa en las llanuras cercanas al Eufrates y al Tigris; pero Alejandro marcha sobre él alcanzando una victoria decisiva en Arbela; en seguida se apodera de Babilonia, Suza, Ecbatana y Persépolis. No termina aquí el afán de sus conquistas, y se resuelve á obtener las de la India; toma á Mazaga, la roca Aornos, recibe la sumisión de Taxilo, triunfa de Poro á orillas del Hidaspes, construye por donde pasa caminos y fortalezas, funda ciudades como Nicia y Bucefalia; recorre el Yndo con una flota de 2,000 buques, y vuelve á Babilonia en donde recibe á los diputados de las más lejanas naciones, que llegaban á tributar su homenaje al vencedor del Asia.

El genio de Alejandro no debía permanecer inactivo después de tantos triunfos; desde luego se ocupó en organizar activamente sus conquistas. Separó en tres distintos departamentos las atribuciones del gobierno; la autoridad civil, el mando militar y la administración de la hacienda; además, cruzó aquellas fértiles comarcas con numerosas vías de comunicación, haciendo navegables los ríos. Si admirables son sus conquistas y el espíritu civilizador en que se inspiró, no son menos dignas de mención las tendencias de aquel genio superior, pretendiendo unificar todas las naciones bajo la acción de las mismas ideas y de los mismos intereses, dando nueva vida á los envejecidos pueblos del Oriente, é infundiéndoles en ellos la civilización griega, que debía reanimarlos y alumbrar su conciencia adormecida ó petrificada por las castas y el panteísmo. Desgraciadamente estos proyectos, que en aquella época hubieran cambiado la faz del mundo, se desvanecieron con la temprana muerte de aquel gran conquista-

dor, de aquel genio inmortal, quien á los 32 años de edad sucumbió en Babilonia.—Arriano, Quinto Curcio y Plutarco, escribieron los hechos y la vida de Alejandro.

Voy á ocuparme de César, de esa colosal figura, que iluminando con sus ideas y sus gloriosos hechos una época, inicia en Roma la revolución social que debía dar á la humanidad y al mundo, la unidad con el Imperio, abriendo las puertas del Capitolio á todas las gentes. César quería además la unidad del derecho y la unidad religiosa, levantando un templo en el Campo de Marte á todos los dioses; pretendió romper el istmo de Corinto para unir dos Continentes con las ondas de sus mares y renovar, por último, las conquistas de Alejandro para despertar á la vida las dormidas generaciones, petrificadas en Asia al pie de sus dioses. Al contemplar estos hechos, y su inmensa trascendencia en la historia, no puedo menos que creer, maravillado, que cada hombre es un símbolo, que oculta una idea, como las cenizas ocultan el fuego, y la tierra la savia que ha de fecundar la simiente y dar su follaje al árbol.

En efecto, la revolución social que se indicó con la lucha entre el patriciado y los plebeyos, comienza con Servio, quien levanta un templo en el monte Aventino, la montaña de las tempestades, y en cuya cima, el pueblo, que hasta entonces había sido solamente objeto del derecho, pretendió ser también *sujeto* del derecho; pero esta revolución debía engendrar á los Gracos, de cuya sangre, inútil sacrificio, debían brotar á su vez los Mario y César. Este último es el pensamiento de la revolución, Augusto su organización, y Tiberio la venganza, la atroz y terrible venganza contra el pasado. Yo creo que el genio político de César que le llevó á consumir la revolución social que acabo de historiar, es superior por su trascendencia, á su genio militar, por más que como guerrero, su espada haya disciplinado todas las razas para preparar la unidad del mundo; en efecto, como político, es el defensor

del plebeyo contra el patricio, y en la historia es el representante de la humanidad contra el exclusivismo de la ciudad romana; tal es César considerado como guerrero y como republicano; referir sus hechos, es hacer la apología de este hombre inmortal.

Llego al fin á la moderna edad, ó para mejor expresarme, á nuestra época, en la que Napoleón, este genio de Titán, pretendió escalar el cielo. Cuántos espacios no llenó su fama, qué existencia ha sido más vasta, más agitada, ni más colosal; hijo de la gran revolución, este hombre extraordinario, recibe de la Francia, después de diez años de horrible anarquía, un ejército incomparable, por su valor y por su patriotismo, al que debía conducir, lleno de gloria, á la conquista del mundo; y después de numerosas victorias, que son contadas por las etapas que recorre, borra con la punta de su espada, en el mapa de la Europa, los límites territoriales de seculares naciones; destruye cuatro coaliciones de aquel Continente congregado, y derrota y desbarata sus ejércitos.

Como Alejandro y César, lleva también sus huestes vencedoras al Egipto y al Asia; se apodera de Alejandría, y bate y destroza á los mamelucos en la célebre batalla de las Pirámides. Rechaza en Siria á Ibrahim-Bey, toma á Gasa y á Jaffa, sitia á San Juan de Acre, y después de los brillantes hechos de armas de Nazareth y del monte Tabor, vuelve al Cairo, en donde sabiendo la complicada situación en que se encontraba Francia, contra la cual había excitado la Inglaterra á todos los gabinetes de la Europa, sale del Egipto, solo, en un buque y á la vista de la escuadra enemiga; llega á Paris, y encuentra á su patria abatida en el exterior y agobiada en el interior por toda clase de males. Da el golpe de estado del 18 del Brumario, calma los partidos y establece el orden en lugar de la anarquía que reinaba; hizo adoptar la Constitución del año VIII, habiendo sido nombrado conforme á ella primer Cónsul, teniendo por colegas á Cambaceres y á Lebrun.

En seguida se ocupa en desvanecer en el exterior los peligros conjurados contra la Francia, imponiendo la paz con sus victorias; en efecto, flanquea los Alpes por el gran San Bernardo, y entre Marengo y San Juliano, es completamente derrotado Melas después de una sangrienta batalla; el resultado de esta victoria, es la paz de Amiens, que determina la época más gloriosa de la carrera militar de Bonaparte, y la era de sus más importantes reformas en el interior; pero rota la paz por Inglaterra, vuelve la Europa á reunirse en una nueva coalición, y esta gigantesca lucha, es sostenida doce años por la Francia.

Napoleón, nombrado Emperador, se apresta á combatir, y en los momentos en que por la impericia de Villeneuve, la marina francesa y su aliada la española son destrozadas en Trafalgar, pasa el Rhin, bate al enemigo en Donawerth, Wertingen, Guntzburgo y Echingen, y después de una habilísima evolución, hace capitular al ejército contrario en Ulm, tomándole 30,000 prisioneros; sigue su marcha triunfal, toma á Viena, y por último, derrota al ejército prusiano en Austerlitz. Entra en Alemania y alcanza también la victoria en Jena y en Averstaed, firma en Berlin el decreto del bloqueo continental, al que se adhieren España, Holanda, Prusia, Dinamarca y Rusia, y después de las sangrientas batallas de Eylau y Friedland, impone la paz en Tilsit, firmada por Alejandro en 1807. Da el reino de España á su hermano José, pero esta nación y Portugal, ayudadas por los ingleses, sacuden el yugo napoleónico.

La invasión de Rusia y el fracaso de esta memorable campaña, porque no encontraba enemigo á quien combatir, determinó su regreso á Paris, dejando al cuidado de sus hábiles y denodados generales, ordenar la retirada, en la que perseguidos los franceses, sucumben á manos de los rusos, ó son víctimas de la inclemencia de los hielos; y el desastre del Beresina, acaba con los restos del Grande Ejército.

La última coalición amenaza á la Francia, pero el Emperador, después de haber organizado un nuevo ejército, sabiendo que los aliados habían pasado el Rhin, principia una campaña en que su talento militar brilló con el esplendor de un astro que no debió tener nunca ocaso; alcanza victorias sucesivas en Dizier, Brienne y Bothiere, y mientras continuaba en esta admirable senda de sus triunfos en Champaubert, Montmirail y Chateau-Thierry, sabe la inexplicable capitulación de Paris, y abdica en Fontainebleau el 14 de Abril de 1814, yendo á tomar posesión de la Isla de Elba, cuya soberanía le acordaron los aliados; pero en Marzo de 1815, vuelve á presentarse en Francia; las naciones coaligadas se preparan á combatirlo, y sucumbe al fin en Waterloo, entregándose á la generosidad de los ingleses, quienes desconociendo este acto de confianza, le envían prisionero á Santa Elena, árida y desapacible isla situada en las costas del Africa meridional, en donde muere en el cautiverio á los 51 años de edad, víctima de cruenta enfermedad contraída en aquel tórrido é insalubre clima.

Este hombre extraordinario, después de diez años de horrible anarquía, en la que Francia parecía próxima á sucumbir, se presenta lleno de gloria y rodeado del prestigio adquirido en sus primeras victorias; pero entonces, hollando las leyes de su país, llega al fin al poder supremo, en el que por su sabiduría y por su prudencia, hace de la Francia una nación llena de vigor y bienestar, atrayendo hacia ella la admiración del mundo. Desgraciadamente sus mismas victorias, las que le habían hecho invencible, le trastornan; porque invadiendo á la Europa, la oprime y la somete; y llevando con el estruendo de sus armas ideas nuevas, esparce la simiente de ellas en los mismos pueblos adonde le conducen sus conquistas; pero la Europa coaligada se defiende, le vence al fin en gigantesca lucha, y aunque rodeado del esplendor de incomparable gloria, cae en el abismo en que también había sumido á la Francia.

Ante esta brevísima enumeración, que no por limitada, deja de ser significativa, y en la que figuran los nombres de Alejandro, de César y de Napoleón, ¿cómo no proclamar la supremacía de los hombres célebres, como agentes principales de la historia?

Las generalidades que anteceden, servirán á mis propósitos, al ocuparme en reseñar la historia de México, en la cual observo que Hidalgo, Juárez y el General Díaz, han marcado en ella una época determinada.